Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas

EL SUEÑO MÁS BELLO

CARTAS DESDE LA SIERRA- II

EL ÚLTIMO EDÉN- 28 © José Gómez Muñoz

Me pongo a contestar otra de tus cartas. Hace unos días que la recibí y como los temas que me planteas, no son menudos, tengo que buscar un momento especial para escribirte. Ya es hoy diez de abril. La primavera está avanzada y más porque este año la lluvia ha sido bastante escasa. Desde septiembre hasta estas fechas, sólo han caído ciento cincuenta litros y lo normal es que fueran casi seiscientos. Lo siento por mis amigos los pastores. Todavía no se han ido a sus tierras altas, las montañas nevadas que es como siempre nosotros les hemos dicho, porque allí tampoco hay mucha hierba. Se presenta un mal año para ellos. Tendrán que echarle pienso a sus ovejas y como las sementeras también están siendo escasas, creo que por algunos lugares de Andalucía ni siquiera podrán segar, la cebada y la paja, se pondrán por las nubes. A nuestros amigos los pastores de las montañas nevadas, se le presenta una racha mala.

El otro día te comentaba que una de las cosas que más me gustaría, es irme de vereda con estos pastores, desde las tierras de Sierra Morena hasta las tierras de las montañas nevadas. Como en aquellos lejanos tiempos de la gran trashumancia, estos hombres de la región de los olivos y los

bosques de pinos espesos, todavía siguen llevando a sus rebaños, desde los pastos de invierno a los pastos de verano, por aquellos caminos reales, veredas, cordeles y coladas. Desde hace años, vengo desando hacer con ellos estas rutas y cuando creía que por fin esta primavera sí podría ser, se complican las cosas. No te puedo contar aquí qué es lo que ha pasado, porque pertenece a ese ámbito estrictamente personal, pero ha pasado lo que ya intuía y temía. Cuando vengas en verano hablaremos. ¿Verdad que sería una gran experiencia y oportunidad de convivir con ellos y compartir sus cosas? Para mí, ellos son verdaderos libros vivientes, repletos de los más bellos tesoros y las experiencias más humanas. Toda una cultura, una ciencia y una manera de ver y enfocar la vida que en muchos puntos, es superior a la de otros grandes personajes.

Ya se terminó la Semana Santa y la normalidad vuelve a los pueblos y ciudades. También ya se ha terminado la faena en los olivares, la recogida de aceitunas, el abono de las tierras, la tala y otras labores. Ahora la gente espera que, con el sol de esta primavera, casi verano adelantado, los árboles broten, den sus flores, el cañamón que es como por aquí lo llaman y que llueva si quiera un poco. De lo contrario, para la próxima cosecha, las cosas también serán malas. Hasta los pantanos, los grandes y los pequeños, están escasos de agua. El cuadraico que tú conoces, aguadero hondo, y que tiene tonos azules verdes prestados por el bosque que le rodea, el cielo que le cubre y las rocas que lo abrazan, la otra tarde vi que estaba a menos de la mitad. En los pueblos de los olivares plata, van a tener retracciones de agua cuando llegue el verano. Los entendidos dicen que en lo que queda de abril y mayo, no va a llover mucho. Que este año, las lluvias ya están finalizadas. ¡Tú fíjate qué panorama se presenta para los pastores amigos nuestros!

Ayer por la tarde, estuve en esa finca que tú sabes, al otro lado del pueblo del castillo y cerca del nuevo pantano por estas tierras. La niña hija de pastores que nació hace nueve meses, ya está grande y muy guapa. Los padres querían que les hiciera unas fotos y fui porque estos detalles, casi sin importancia y de poco sacrificio para mí, me agradan. A personas tan buenas como estas, ofrecerles o darle cualquier cosa, es puro placer. Su niña, la que se cría entre ovejas, hierba fresca, aires solanos y sol puro, crece sana y rodeada del mejor cariño. La familia es tan feliz que yo creo que si le ofrecieran palacios o fortunas grandes, no sería suficiente para cambiarlo por el gozo sencillo que en sus corazones tienen. ¡Qué bien se siente uno al lado de estas personas y cómo fluye de ellos como un halo de sinceridad y pureza!

Después de estar un rato compartiendo las tareas y sueños de su rebaño, me fui por la tierra, puntal adelante hacia el muro del pantano, en busca del pastor mayor. Tenía las ovejas por esas tierras que pegan al muro y quería estar un rato con él. Es otro de los placeres que muchos no conocen, pero estas personas, aun sin tener estudios académicos, se expresan bien y cuentan cosas preciosas. Tú lo sabes y, porque el tema no te es desconocido, me es grato hablar de él. El puntal de las encinas, el que se alarga desde el cortijo hacia el lado del pantano y está repleto de monte bajo, ayer por la tarde estaba poblado de gente. Del pueblo del castillo, muchas familias salen y echan un día de campo, como dicen ellos, bajos las encinas y por la tierra repleta de hierba. Por entre los lentiscos y bajo los olivos, ahora crecen muchos espárragos, y los que por aquí vienen a disfrutar de un día de campo, los buscan con verdadero interés.

Pero esto de la hierba, no es como quizá puedas creerte. Conforme iba andando en mi silencio y mirando por entre los

lentiscos por si veía algún espárrago, me iba dando cuenta que la hierba, en sólo diez días, se ha secado casi por completo. Al pisarla, ya cruje como su fuera pasto. Me sentía mal por lo que antes te decía: los pobres pastores de las montañas nevadas, tendrán que irse de aquí dentro de unos días. Los campos ya no tienen comida para su ganado porque hasta la poca hierba que había nacido con las lluvias que cayeron al final de marzo, se está secando a marcha forzada. Por el puntal de las encinas y los olivos por las laderas, avancé hasta los cortijos que se asoman al valle del pantano. En ellos no vive nadie porque los dejaron abandonados hace mucho. Asomado al final de la loma, vi las ovejas de este amigo mío pastor. Estaban acarradas cerca de las aguas del pantano y él, estaba metido entre los olivos, a la sombra.

Para llegar hasta él, todavía tenía que andar un buen trecho y por eso miré al reloj. Eran las cinco y media de la tarde y pensé que si me encontraba con este buen amigo, luego tendría que venirme con él siguiendo a sus ovejas hasta el cortijo. Llegaríamos casi poniéndose el sol, cosa que a mí no me importaba, sino que me gustaba, pero enseguida caí en la cuenta de algo que me llenó de temor. Se me quitaron las ganas de bajar, encontrarme con él, darle compañía, porque se pasa los días solo y charlar un buen rato. Luego te diré qué temor me acobardó, aunque no sé si lo haré porque es un asunto mío particular y delicado.

Son ahora mismo las once de la mañana y mientras te escribo estas letras, estoy mirando por la ventana. El cielo es azul desteñido porque el anticiclón lo tiene como descolorido y el sol, cae monótono sobre el asfalto de la calle. Se oyen los motores de los coches y por encima de los tejados de las casas, revolotean las golondrinas. Ya han vuelto las cigueñas y la que tú sabes, en su nido se acurruca al caer las tardes.

Pronto tendrá polluelos y unos meses después, se irán. Suenan las campanas de la iglesia llamando a misa, revolotea algún gorrión al posarse en la ventana para beber agua de las macetas y más lejos, casi en el otro lado del planeta tierra, sigue la guerra con Yugoslavia. La que Europa puso en marcha hace ya diecinueve días para liberar a Kosovo. Un desastre según transmiten las noticias, pero ¿qué puedo hacer yo sino rezar y desear que las cosas se arreglen con el menor dolor posible? Tampoco allí son tan libres como a veces creemos. ¡Hay que ver qué complicadas resultan las cosas cuando los que suben al poder quieren ser salvadores de los otros!

Estoy en paz en mi alma, pero mientras voy dando forma a estas palabras, me digo que hoy tenía que hablarte de aquel hermano nuestro que, fíjate, ahora también sin libertad, medio se muere en la bonita ciudad blanca. Con sus jefes, tiene el mismo problema que tú y que los paises de la guerra: ni se entiende ni tampoco quiere someterse a ellos. Dice que lo de adular para sacar beneficios propios, no va con él porque eso es indigno del ser humano y además, le parece una inmoralidad. Dice que poca libertad es la que ya le queda, pero que su conciencia y pensamiento, no se le entregará a nadie ni por todo el oro del mundo. Tú fíjate, rozando ya el siglo veintiuno y que todavía haya personas que gocen sometiendo a los de abajo, los débiles y pequeñuelos, y convirtiéndose en salvadores sin que los otros se lo hayan pedido.

Este hermano nuestro, estuvo el otro día por aquí y entre otras cosas, me hacía unas preguntas terribles: “La libertad material me la quitarán porque ellos tienen el poder, pero lo mejor de mí, será siempre mío y de Dios que es a quien de verdad pertenezco. Porque a parte de Dios y mi sér más íntimo ¿quién es capaz de ponerle fronteras a los sueños de mi

mente? ¿Quién o qué puede limitar a los recuerdos? ¿Quién es tan poderoso en esta tierra que sea capaz de poner cerco al alma humana y de encerrar a los pensamientos? ¿Qué realidad humana puede sujetar y someter a la libertad de los sueños? ¿Hay algo o alguien sobre este planeta que pueda levantar fronteras o poner rejas al amor que palpita en el corazón?

A las dulces fantasías
que en la noche al alma vive,
¿quién le puede poner cadenas
o con qué cosas se le prohíbe?”
Al sueño que en el pecho llevo
no hay realidad en la tierra
que le pueda poner cepo
ni encerrar entre fronteras”.

Tú fíjate que preguntas me hizo este amigo nuestro y luego, a continuación, me siguió diciendo que estas preguntas sólo tienen alguna respuesta, en la historia que él llama El Sueño más Bello y que lleva clavado en lo más hondo de su ser. Pero aclaró que, estas preguntas le nacen, de la condición real que ahora mismo está viviendo. Me dijo que desde que abandonó estas tierras, sufre el dolor del destierro y una cárcel extraña impuesta por los que, en su vida, tiene que obedecer. Le dije que si le servía de algo, lo escuchaba y que si le apetecía, que me explicara, con tres pinceladas, el núcleo de este sueño suyo y me respondió que tiene su comienzo casi antes de que naciera.
- Pero eso ¿cómo lo sabes?
Le pregunté.
- Eso se siente y con el correr del tiempo, se va descubriendo.
Me contestó y a continuación me siguió aclarando:
- Aunque para que lo entiendas, tendré que ponerle un

comienzo en un punto concreto y que para mí, fue significativo.
Y entonces le dije:
- Pues si estás dispuesto a contarlo, yo te escucho.
- Escucha, que voy con ello.
Y a continuación me dijo lo que sigue:

"Era yo todavía joven y vivía en la tierra que ahora tienes la suerte de pisar. El rincón se hunde en lo quue ahora llaman sierras profundas, junto a un limpio manantial, un bosque de robles viejos, parras, encinas, cerezos, tierras fértiles donde crecían las patatas y tomates y mucha libertad. Lo coronaba una de las cumbres más altas y en sus laderas, se abrían las cuevas donde dormían las ovejas y también los pastores que cuidaban de ellas. Y entre otras realidades sencillas, pero repletas de belleza, tenía a mi lado, unos padres que me querían mucho, un hermano mayor que me enseñaba el cariño para con los animales y el respeto a las personas y una hermana menor que era la joya de la gran sierra. La niña, es como la llamábamos y conocíamos todos. Pero para mí particular, le puse un nombre que tenía mucho que ver con los paisajes donde habíamos nacido. Las montañas, que según decía madre, Dios nos había regalado y sin papeles materiales, nos pertenecían en toda su extensión. Yo a la niña, la que siempre será para mí angel y bella como ninguna otra, la bauiticé con el nombre de Flor de Nieve. Esto me nacía desde lo más hondo del alma por la angelical sonrisa que siempre mostraba y la blancura sin tacha que en su alma relucía.

Y con la dulce hermana, también llamada por mí, Mariposa Blanca y las veredas que desde el cortijo llevaban al río, a la fuente y a la cañada, horas y días enteros me he pasado yo jugando por las praderas, los charcos de los arroyos y ríos, las sombras de las madroñeras, las cuevas en las laderas de las montañas y las fuentes de aguas claras en las umbrías. Entre

las mil tardes y otras tantas mañanas de plata que con ella y los míos recuerdo por aquellas benditas tierras, una se me quedó especialmente clavada en lo más hondo del alma. Te la cuanto a mi manera y sin ordenarla porque yo de esto sé poco.

Había brotado la primavera y los campos ya se vestían de verde por las praderas. Los montes se engalanaban con las flores más bonitas y variadas y los árboles se cubrían de hojas nuevas con tonos de esmeralda. Cantaban los ruiseñores por entre las zarzas de los arroyos, florecidos estaban los cerezos y las golondrinas, ya construían sus nidos en los aleros del sencillo cortijo. Era por la mañana y después de pedir permiso a nuestra madre, la hermana y yo, nos fuimos por la ladera que remonta hasta las cumbres blancas. Los espárragos ya habían brotado y por eso, entre los lentiscos y los romeros, se ergían tiernos y largos. Llevados por el entusiamos que contagian estos tallos cuando te pones a buscarlos, dimos riendas sueltas a nuestros juegos y comenzamos a buscarlos. ¡Qué momento más feliz el de aquella mañana y que guapa estaba mi hermana Flor de Nieve con su sonrisa adornada de romeros y sombras de robles viejos!

Se lo dije y cuando llevábamos un rato saltando por entre aquellas tierras tan repletas de hierba, nos paramos a descansar. Nos sentamos en un rodal de tierra que el collado nos ofrecía todo cubierto de hierba ya florecida y frente al ancho valle del drío Grande, nos quedamos mirando. Durante un rato, no pronunciamos palabra, pero estando en este silencio, de pronto, ella habló diciendo:
- ¿No ves qué fantasía más bella hay colgada de una cumbre a otra y remontada sobre el valle?
Miré como si de verdad lo que me anunciaba estuviera allí y al no ver lo que buscaba, le pregunté:

- ¿Qué fantasía es esa?
Y ella:
- La del sueño más bello.
Y otra vez me quedé mudo y mirando con el deseo de encontrar lo que con tanta rotundidad me anunciaba. Pasaron unos segundos y como mis ojos no descubrían el sueño que proclamaba, le volví a preguntar:
- ¿Pero dónde está ese sueño bello?

Y entonces la hermana, también llamada por mí, Fuente Clara y Sueño de Luz, me dijo:
- Lo estoy imaginando.
La miré y le pregunté:
- ¿Y qué es lo que imaginas?
- Si desde aquella montaña, la que padre llama de las nieves blancas hasta esta montaña, la que madre nombra como a la de las laderas plata, alguien tendiera un puente que cruzara de cumbre a cumbre, dejando al valle en su centro ¿qué pasaría?
Miré despacio intentando concebir en mi mente la estructura de su fantasía y al rato le dije:
- No sé qué pasaría. ¿Por qué no me lo esplicas?
Y ella:
- Pues que sería como el sueño más bello del mundo.
- Seguro que lo sería, pero sigo sin entenderlo.

Y entonces la hermana, la que fue juego conmigo en la primavera más bella que haya brotado en el planeta tierra y mariposa libre como el aire más limpio, habló y me dijo:
- Imagínate que está recién entrado el otoño. Las lluvias vienen retrasadas, pero los guíscanos han nacido ya. Es por la tarde y, con la cesta del mimbre en la mano, me adentro por los pinares. Por la noche ha nevado. Las cumbres del Yelmo están blancas. Casi hasta los límites de la nieve llegó y como son los primeros copos del año y están tiernos, me entusiasmos tanto

que me olvido de las setas. Por aquí carámbanos de cristal colgando y brillando al sol, por allí ramas de pinos revestidas de escarchas frágiles, más allá, árboles enteros clavados en las rocas y vestidos de blanco. Y al verlos tan bellos y recortados en el azul del cielo, me acuerdo precisamente de las fiestas de Navidad.

Sigo subiendo hasta el pequeño collado de la hierba verde y veo que sobre ella la nieve duerme en rodales de jueguete. Desde lo hondo del valle, por los barrancos y cañadas, sube un vellón blanco de niebla fría. Las nieblas inmaculadas que en otoño cubren a nuestra sierra y la visten con el traje más bonito.
- ¿Adónde irá?
Me pregunto mientras la miro sentada en la roca que la ladera me ofrece. La niebla gatea por las laderas como si tuviera prisa en alcanzar lo más alto de las cumbres. A llegar a lo alto, se derrama de la misma forma que se desvanece el humo cuando sale de la chimenea de nuestro cortijo. Los árboles, semejantes a los de la navidad, se van borrando poco a poco arropados por la niebla que más parece vapor.

Es bonito lo que mis ojos ven. Y cada vez más embelesada, como en un sueño, la sierra entera se me va transformando. Y en estos momentos, sin poderlo evitar, por mi mente, cruza un pensamiento en forma de deseo. “Si subo hasta lo alto de la cumbre, sin duda que el horizonte se me mostrará más amplio y podré ver cosas aún más hermosas. Aunque también puede que como por allí la niebla se espesa, me tapen los barrancos y las llanuras de las montañas nevadas porque además, este pico no es el más alto de la sierra. Quizá no sea posible gozar, desde el balcón de esa cumbre, de la visión de todas las laderas, arroyos, cumbres y bosques que ahora mismo existen en estas sierras”. Esto fue

lo que me dije para mí mientras seguía observando sentada en la piedra blanca de la ladera salpicada de praderas. Y entonces me pregunté:
- ¿De qué modo se podría hacer real este sueño mío?

Y en estos momentos, una ráfaga de viento sopla desde el barranco del río Grande, abraza a la niebla, la zarandea con fuerza, teje una cintan blanca y larga y desde lo más alto de la cumbre que me corona, la extiende hacia mí. Sobre la hierba del collado donde ahora descansamos, se derrama uno de los extremos y de ella, sale una voz que me pregunta:
- ¿Estás asustada?
Y yo, que sí estaba algo aturdida, pero no del todo asustada, creyendo que todo era como en un juego, respondí:
- Asustada no, extasiada, sí. Nunca había visto un espectáculo tan bello.
Y la voz que manada de la blanca niebla, sigue diciendo:
- Acabas de tener un bonito deseo que la niebla y yo, vamos a convertir en realidad para que seas feliz. La cinta blanca, parecida a humo sin olor que a tus pies he derramado, es como una carroza de princesa que las nieblas de estas sierras hemos tejido para ti. Sube y no tengas miedo.

Me acerco a la cinta que más se parece a un camino real tejido de nubes deshilachadas. La niebla me envuelve y sin esfuerzo y como si se tratara de un abrazo cariñoso, me alza por los aires y me eleva hacia las cumbres más altas. Cuando ya estoy en todo lo alto, la misma voz me dice:
- Quédate aquí quieta y observa.
Le obedezco cada vez más feliz en mi pecho y sintiéndome como si de verdad fuera la más afortunada de las princesas. En estos momentos, el viento sopla lanzando aullidos, teje cintas en forma de caminos anchos y en unos segundos, tres de estos caminos se unen y como si fuera un arco iris, dejan

caer uno de sus extremos sobre las crestas del pico Yelmo y el otro, sobre las rocas del pico Cabañas. Otra de las cinas se extiende también y apoya sus extremos en el monte Almagreros y en Almorchón, sujetando en su centro a la primera de las franjas blancas.

Una tercera cinta, clava su extremo en el pico Blanquillo y el otro sobre las Banderillas. Desde el Almagreros al Tejo, otro y así desde el Blanquillo al Almorchón, desde el Almorchón al Yelmo, Gilillo, Cabañas y Calarilla. En breves segundos, se fragua una inmensa bóveda y el camino que se apoya sobre la cumbre donde descanso, la voz del viento, me dice:
- Ahora te vamos a llevar al mirador de tus sueños. Entra otra vez a la carroza blanca que las nieblas te ofrecemos y no tengas miedo.
Le vuelvo a decir que no tengo miedo porque me siento amiga de la sierra entera y cuantas nubes, copos de nieve, arroyos claros, fuentes, bosques y flores se recrean en su seno y subo. Me abrazo a la espuma blanca que en forma de seda invisible cuelga de la niebla y en unos segundos, la niebla me lleva a lo más elevado del arco mayor. En el mismo centro entre el Yelmo y el Cabañas. Creo que casi a tres mil metros de altura por encima de todas las montañas y valles de estas sierras nuestras. El punto exacto cae por donde se encuentra la Campana, cerca del río Aguamulas.

- ¿Qué te parece lo que con tus ojos puedes ver?
Me pregunta la voz a amiga.
- Que es la fantasía más bonita que nunca soñé.
Le respondo asomada al mirador que para mí a tejido el viento con los materiales de la niebla blanca. La sierra, la inmensa y preciosa sierra que, según madre, Dios nos tiene regalada, la tengo toda extendida bajo mis pies en forma de alfombra

multicolor y tierna. La puedo abarcar toda entera con mis ojos. Por las cumbres, todos los picos se visten de blanco, por las laderas chorrean los bosques y por los barrancos, los que son cuna para los mil arroyuelos de cristal, las cascadas saltan y las praderas se derraman esplendorosas.

Y como en estos momentos soy tan feliz y me siento tan dueña de todo la fantasía que mis ojos ven, me acuerdo de madre, de padre, de ti y el hermano mayor y todos los otros hermanos y hermanas que con nosotros comparten las tierras de estas montañas.
- ¿Las puedo traer a este mirador para que gocen y vean las maravillas que estoy descubriendo?
Pregunto a la niebla que me sujeta y me presta su ternura.
- No es posible.
Me responde.
- ¿Por qué no?
- Sólo tú eres la única privilegiada porque tienes el corazón limpio y nunca ni has hecho ni harás daño a la naturaleza. Si se lo dices a las personas mayores y las traes por aquí, pasará lo de siempre: montarán negocios, subirán con sus coches, pisotearán los campos, arrancarán las flores sin conciencia y al final, romperán las sierras que tanto te fascinan. ¿Lo entiendes?

Y sin comprender del todo, le respondí que sí. Y en este momento, vuelvo mi cabeza para las tierras llanas que se acumulan al pie de las montañas nevadas. ¿Sabes lo que vi?
Y yo, el hermano menor que con ella coparto su sueño, uno más de los muchos y fantásticos que su mente fraguaba, le respondo:
- Seguro viste más barrancos repletos de niebla, muchas nubes blancas aleteando por entre el cielo y las montañas y laderas tupidas de bosques.

- Sí que vi esto, pero además, con mis ojos descubrí algo muy bonito que ahora te puedo contar sólo a medias. ¿Quieres saberlo?
- Deseando estoy.
- Pues por las praderas y los piernos de las laderas, vi pastando a los rebaños de ovejas. Uno y otro y otro comiendo hierba armoniosamente y a los pastores, los vi sentados en las partes alta también todos juntos y charlando de sus cosas. La niebla no dejaba de moverse y a ratos, los arropaba a ellos y a ellas y a ratos, los dejaba libres para que el sol lo besara.

Y estaba yo concentrada gustando de tan bonita visión, cuando de pronto, hasta mis oidos llega como el murmullo de una grandiosa sonfinía. Una música tan bonita que sólo oirla llenaba de entusiamos el alma.
- ¿Qué es eso?
Pregunto a la niebla y la voz amiga me responde:
- Es el concierto de la sierra. Concentrate y verás como distingues además de flautas, guitarras, trompetas y otros mil instrumentos.
Me concentro y justo ahora, surgiendo hermoso de entre todo el conjunto de instrumentos y voces, oigo un sonido bellísimo que se parece a un lamento a la vez que también a corrientes de agua clara. Más soprendida pregunto:
- ¿Qué le pasa?
Y a voz amiga me responde:
- Lo que estás oyendo es como si fuera el violín que lleva la voz cantante y lo que le pasa, te lo vamos a decir, pero queremos que sea un secreto. No debes revelárselo a nadie hasta que llegue el momento.
- ¿Qué momento?

Y la voz amiga de la niebla blanca que recorre y llena de magia a la sierra entera cuando llega el otoño, me contó lo que

era y le pasaba al violín de la gran orquesta que interpreta la sinfonía de la ancha sierra. Y me dijo que en su lamento, triste y a la vez dulce y alegre, era donde estaba el secreto que yo devía guardar hasta que llegara el momento. Que me lo comunicaban a mí como un detalle de amistad y para que conociera un poco más las bellezas y sufrimientos de estas sierras nuestras, pero que tenía que guardarlo en mi corazón y no contarlo a nadie hasta que llegara ese momento.
- ¿Ni siquiera me lo puedes decir a mí que soy tu hermano?
- Ni siquiera a ti hasta que no llegue el día señalado.
- ¿Pero cuál es ese día señalado y qué es lo que pasará si es que pasa algo?
- Prometí guardar el secreto.

Poco después, la misma niebla y con su delicada ternura, me deja sobre el collado verde donde estamos ahora. Siguió el viento soplando y en pocos segundos, deshizo el gran mirador que había tejido sobre el valle. Algo más tarde bajo por el pinar en busca de nuestro cortijo. Traigo la cesta vacía de níscalos, pero el corazón lleno de la mejor felicidad porque he estado y he sido parte del sueño más bello. Se abrieron las nubes, apareció el cielo, llegó la noche, brillaron las estrellas y por los campos, otra vez cantó el cárabo, se reflejó la luna en las aguas claras de los arroyos y al amanecer, otra vez el ancho bosque apareció envuelto de espesas nieblas blancas.

Unos meses más tarde de este extraño y bonito sueño de la hermana del alma, la sierra entera tembló y muchas realidades hermosas, se quebraron para siempre. En las familias de los humildes cortijos, se rompieron sus sueños y realidades y a continuación pasó lo que luego te contaré. Porque ahora, como ya te decía, damos un salto en el tiempo y como en un abrir y cerrar de ojos, nos encontramos mucho más acá de aquella tarde del sueño de la niña y de aquellos

meses donde tantas realidades bellas, saltaron por los aires y para siempre se quebraron, llenas de dolor y polvo.

Caen la noche y mientras saboreo el amargor de las últimas noticias que la radio transmite, me voy acurrucando en la blanda cama de mi rincón pequeño. El blanco entre las paredes de yeso en el centro de la ciudad grande y moderna. No tengo alegría en el alma porque me siento preso y hoy más que nunca, lloro la ausencia de la tierra donde nací y mi alma bebió la limpia libertad. Lloro la pérdida y la lejanía y ahora, las rejas de hierro que me cierran el camino. Me siento solo, desconsoladamente solo y ya, hasta viejo porque los años han pasado sin reparar en nada. Tengo mis manos vacías y aunque en la mente sigue latiéndome el sueño que me empujó a dar el paso y me mantuvo en pie y en la lucha, ya siento que no me sirve de nada. Se me acaba el tiempo y con él me desplomo vencido y desnudo. “¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que me castiguen de este modo, si desde siempre, bien lo sabes, sólo deseé el beso con las praderas que me regalaste? ¿Por qué me privan de algo que ni siquiera aman y para mí es tan esencial y bello?” Es lo que en mi dolor me digo.

Cae la noche y no se llena de silencio porque en la gran ciudad, sólo algunas cosas duermen mientras otras, siguen con su ritmo. Pero yo, en mi rincón pequeño y en mi cama blanda, me acurruco y mientras me va venciendo el sueño, como tantas noches desde aquel día concreto, medito y repaso los nombres de personas y lugares. Los de aquellas tierras mías, son sagrados y en mi amargura los beso porque aunque ya se hayan alejado tanto, es lo único que me refresca y da ánimo. Los de más acá y a los, aun más cercanos, a unos, los tengo que perdonar. De otros, espero que caigan en la cuenta y me vean pequeño e inocente y no carguen más sus iras contra mí. Espero que reflexionen y al menos, no sean tan

obstáculo en la vida que en el alma llevo. Al que ayer por la tarde me gritó diciendo que lo que pido, se hará cuando él quiera, también lo perdono aunque no sé dónde encajarlo. Y a los otros, los que indiferentes pasan por mi lado, pues pienso que al fin y al cabo, no son ni tienen más que yo.

Y entre mi dolor, el recuerdo y la sombra de la noche, el sueño cierra mis ojos y mi alma se libera. Me veo caminando por las profundas sierras en busca del agua que calma la sed que me viene achicharrando. Como la niebla por los bosques o como el aire en las mañanas de primavera, vuelo y penetro en la sierra, no por los caminos de tierra sino por la misma fantasía del sueño que la hermana bella tuvo aquel día. Recorro el valle de los olivares, donde los pueblos blancos duermen quietos y, por ellos y sus calles de fantasía, trozos de mi alma, recorro las laderas amplias del cerro alto, los arroyos y las cañadas, la grandiosa vega que ahora cubren las aguas del gran pantano y que en aquellos tiempos, fue el paraíso del sur, regado por abundantes manantiales y cubierto por mil áboles frutales.

Subo y bajo por las crestas de las empinadas cumbres rocosas y recorro las llanuras del bello altiplano de los campos y todo, como en una fantasia sin fronteras, se me presenta apiñado en un punto concreto y a la ve gritando:
- ¡Qué bien que vegas y vuelvas a nuestro lado!
Y como en un diálogo de amor de la amada con el amado le pregunto a los paisajes:
- ¿Por qué me decis esto?
Y ellos, como en el mismo juego que la niña hermana trazó con la niebla:
- Tú nos pertences y nosotros te pertenecemos. Para ti tenemos guardado los secretos más bonitos y los misterios más sagrados porque eres el único digno entre tantos.

- ¿Y sabeis vosotros qué es lo que yo vengo buscando?
- Sabemos que nos quires, que nos necesitas para seguir vivo y caminando. Sabemos que somos parte de tu ansias, pasiones y sueños y sabemos que por aquí ahora vuelves en busca de la libertad que te roban en otros lados. Sabemos que tus amores, los más puros que bajo el cielo se han dado, los tienes llenos de rocío y repletos de primaveras, por entre estas laderas, cumbres y barrancos.
Y a esta confirmación rotunda, como quién tiene necesidad de aire porque se está esfixiando:
- Y el sueño bello que aquella hermana mía, por los caminos de la niebla y en aquel otoño dorardo ¿Cómo me lo eplicais vosotros y de qué modo se integra, refleja y es ahora en estos campos?
- Su sueño bello, el que fue silencio y nació y murió callado, es el que a ti te arrastra hoy y te trae por aquí, pero si quieres saberlo y penetrar hasta lo más hondo de su secreto, busca al pastor viejo. Sólo él en toda esta sierra, te llevará de la mano y te mostrará y explicará el corazón de la verdad que necesitas y vienes buscando.
- ¿Quereis decir que ni los caminos viejos ni las fuentes ni las cumbres nevadas ni las primaveras ni las flores de los cerezos ni las redondas eras donde ellos trillaban ni los pofundos barrancos podrán darme una respuesta al sueño que ahora vengo por aquí buscando?
- Queremos decir que sólo el pastor viejo, el de cara arrugada y seca por el vieno y pelos blancos, puede ser para ti soporte real y amigo bueno que te lleve y descubra el panal de rica mil que en tu sueño vienes soñando.

Y miro al frente con los ojos que desde el espíritu, se iluminan frente a los camps y ni siquiera reparo en la bandada de parapentistas que, desde el monte que fue pilar de su bello sueño, esta tarde vuelan y cubren el cielo hacia las tierras

llanas del río hermano. Pero me repito, para no olivarlo, que sólo el anciano pastor, el de las ovejas blancas y perros negros y sudor amargo, me podrá descubrir y enseñar algo de la nostalgia y pasión que en mi pecho me está quemando. Me lo repito en mi corazón para tenerlo presente y no olvidarlo. Pero al mismo tiempo me pregunto: "¿dónde podré encontrar yo ahora a este pastor que ya estoy necesitando?"

Recuerdo que es en esta misma ladera, donde los pinares terminan y los olivos comienzan, donde se encuentran los voladeros de las buitreras. Surcando el azul del cielo que conozco, a las aves que tuvieron sus nidos en estas rocas, las vi mil veces. En su libertad limpia como yo en aquellos días y a su ritmo. Pero ahora no los veo. O mejor, sí los veo y son como un fantasma que en una sombra negra y sin belleza, surcan y llenan la ancha sierra. Buitres hambrientos en un mundo bello que no es el suyo y buscando carroña para alimentarse. Pero las verdaderas buitreras, me las encuentro solitarias, en ellas los nidos abandonados y comidos por las cornicabras y por arriba, donde la repisa de la tierra ofrecía el balcón tan bonito, la construcción lujosa de la casa rural. Dentro de ella y fuera, ladran los perros de los que ahora la habitan y por arriba y el cielo que aquellas hermosas aves surcaban, bandadas de personas colgadas en parapentes de colores. ¡Cómo han cambiado las cosas en mi tierra amada!

Como mi alma persigue el prado virgen que aquel día perdí sin remedio, va a lo suyo y con prisa. Me veo andando por la senda que baja hasta la junta de los arroyos. Una senda estrecha que en partes ya se ha comido y el monte y han roto las trombas de agua que descargan las tormentas. Donde se estrecha el arroyo, cien metros más abajo, a la derecha, queda la tierra llana. Por el lado de arriba se alza la roca de cuya base y entre los bujes, mana la fuente. Los álamos se alzan

rectos meciéndose en la claridad de la mañana frente a los olivos y ahí mismo, en su sombra y verde, se recoge el cortijo. El agua de la fuente y también la del arroyo, riega sus tierras. Y justo por donde en la acequia, crece el cerezo, sale la senda.

Del rincón mágico recogido entre las laderas que caen para el arroyo, lo que más destaca es precisamente la senda. Arranca por el lado derecho, recorre el llano que en primavera se tupe de fina hierba, remonta al collado primoroso y desde este punto, meciéndose con la tierra, baja hermosamente hacia el arroyo grande. No llega a él porque donde se juntan los dos cauces, tuerce para la izquierda, se mete por entre los robles y al poco, asoma al hoyo donde se amontonan las encinas.

En este punto podría tener su final, pero la senda corta, joya del rincón más escondido y bonito de la sierra, adquiere categoría de única. Por ella y en ella, tengo trabado uno de los momentos más grandiosos de mi vida: el de aquella mañana cuando madre iba con su burro, la niña la acompañaba jugando con las madreselvas, la hierba alfombraba la tierra y la fuente manaba en su silencio. Así que por el rincón amigo, los olivos, la fuente, la senda y la cueva, ahora me encuentro y como es todo tan nítido y transcurre dentro de un sueño, realidad que no advierto, me entran ganas de arrodillarme, abrazarlo y besarlo porque de verdad lo quiero. Voy subiendo por la senda y me parece estar ahí presente más vivo que en la vida que me prestaron al otro lado del tiempo.

Es un bonito día de primavera. El cielo arropa sereno todo vestido de azul, surcan el aire las golondrinas, cantan por entre las zarzas los ruiseñores y las abejas, van y vienen desde las flores de los romeros a las de los piornos. Y de pronto, por entre la espesura de los pinos, donde los robles y las encinas todavía tiemblan al viento, siento el canto de las tórtolas.

También ellas han vuelto y ahora esta mañana, como en aquellos días bellos del gozo y su compañía, llenan de arrullos los campos. Al oirlas, se me entristece al alma porque recuerdo que ella, la niña blanca que era azucena y consuelo para todos los de la casa, una de aquellas primaveras, las tuvo en sus manos.

Primero llegaron, al aparecer el buen tiempo y una pareja, se puso a tejer su nido justo en la encina grande que clava sus raíces casi en las mismas paredes del cortijo. Durante un tempo, ella las fue observando sentada siempre en la piedra blanca que hay cerca. Vio y gozo como acarreaban sus trozos de ramas secas y entre las ramas bajas de la encina espesa, se pusieron a tejer el nido. Las vio luego cuando ya tenían sus dos huevos, cuando se pusieron a encubarlos, cuando salieron los polluelos y unas semanas después, vio como uno de los cazadores que poblaban el bosque, la emprendieron a tiros y allí mismo, a dos pasos de ella y del cortijo, mataron a los padres de aquellos dos amigos polluelos.

Le faltó tiempo a la niña para salir corriendo, buscó a padre, le contó lo que había visto y pasado y al instante le dijo afligida:
- Súbase usted padre a la encina y me coge los pichones que yo los cuidaré hasta que se pongan grandes.
Y como el padre era bueno y tenía también el corazón lleno de ternura para con su hija, se subió a la encina, cogió los dos pichones de tórtola, los puso en el sombrero, los bajó de la encina y a la niña se los dio. Los cogió ella en sus manos y al momento se los llevó a cortijo, los puso en una caja de madera y como si se tratara de un juego más, cariñosa se empleó en sus cuidados.

Pasó el tiempo, varias semanas, algunos meses y cuando

todavía no tenían un año, los pichones de tórtola, revoleteaban no sólo por la puerta y las ventanas del cortijo, sino por las encinas cercanas, por los álamos, por los charcos del arroyo, por la fuente y las rocas de la ladera. La niña era feliz y como ellos, en cuanto los llamaba, acudían a sus manos, ella les daba pan del que amasaba madre, trigo del que padre había recogido en los campos, trozos de tomate de la huerta y agua fresca en la palma de su mano. Así hasta que un día, la pareja de tórtolas, levantaron su vuelo y remontaron altas, se posaron sobre la copa de los álamos, alzaron vuelo otra vez y surcaron el aire limpio de la mañana, coronaron hasta la roca que se clava en el centro de la ladera y luego, se elevaron por el cielo azul y tras las cumbres blancas de la gran montaña, se perdieron para siempre.
- Quizá vuelvan mañana.
Dijo la hermana afligida y esperó. Pero al otro día no volvieron. tampoco al siguiente ni al otro. Y así fue como acabó aquella bonita historia de los dos pichones de tórtolas que vinieron a nacer justo entre las ramas de la encina grande del cortijo humilde. Ahora los recuerdo y al cruzar los campos vestido casi con la misma primavera de aquellos días, siento sus arrullos y el corazón me da un vuelco.

La senda, según va adentrándose en la sierra profunda, la que en mi memoria tengo y no la de ahora, traza una curva. La más airosa de las curvas que nunca nadie haya concebido para un camino serrano. La recuerdo y ahora la voy andando y por eso sé que justo al asomarse al llano, da comienzo a su rodeo primoroso. Como si se tratara de no meterse directamente en el corazón de la sierra porque merece un respeto. Como si intencionadamente quisiera bordearla siguiendo la orla que la reviste para abarcarla en su totalidad y al mismo tiempo, no pisarla en sus praderas más vírgenes para dejarla sin mácula. Así es como lo sentía en aquellos

tiempos y así es como ahora la siento mientras la voy recorriendo.

Por la derecha y en el centro de la ampulosa curva que la senda traza, queda la llanura de la tierra fértil. Ahora crece en ellas, la fina hierba que tanto alimenta a los rebaños de ovejas y al mirarla, recuerdo que en aquellos tiempos, crecían los trigales. Los que padre sembraba siempre acompañada de madre, el hijo mayor y los dos más pequeños, cuando podíamos y no estábamos ocupados con los benditos juegos. Y los trigales, aquellas matas recias de cañas verdes y doradas oro, eran como la esencia de la grandiosa sierra. Sus espigas de raspas negras, se mecían en el viento de las mañanas de primavera y su olor fresco y puro, se esparcía por entre la armonía de los bosques verdes. Y recuerdo que cuando le preguntaba a padre:
- ¿Por qué dices tú que las espiga de la sementera son como los hombres que pueblan la sierra?
Siempre él me respondía:
- Porque ellos son granos de trigo que apiñados y unidos en la sangre de las espigas recias, son sinceros y dan el mejor fruto que ofrecer pueda ninguna otra cosecha.
- ¿Entonces, la sierra y todos los que la puebla, está concentrada en una espiga de estas cualquiera?
- Esa es la realidad: la sierra que de Dios recibimos en forma de regalo, es como una gran sementera de trigos dorados que crecen, cuajan y maduran como en las espigas del trigo, se forman y maduran los granos. Esta sementara y sus espigas de raspa negra, es un símbolo y por eso la senda, no la roza sino que la acaricia mientras la rodea.

Termino de remontar y al coronar el cerrillo, me los encuentro. Por entre las ruinas de uno de los viejos cortijos más bellos de aquella sierra, se afanan en su trabajo. Apartan

piedras, cavan en el suelo, retiran escombros y mientras charlan y se animan, besados por el sol del día bello, sudan la gota gorda. Me acerco, les pregunto y me responden:
- En la lucha estamos aunque el sol caliente fuerte. Hoy se cumple ya el séptimo mes de nuestra tarea en las ruinas de este cortijo.
- ¿Y qué buscáis?
- El tesoro que por aquí se quedó escondido.

El grupo de hombre, mueve la gruesa piedra que se clava en el suelo por el lado de la cumbre alta. De entre la tierra y el polvo, surge el cofre viejo. Una caja de bronce oxidado con cerradura a los lados y grabadas en la superficie, algunas figuras de animales silvestres. Y ellos, el mayor, al instante habla y dice:
- ¡Por fin el tesoro! Hay que abrirlo y descubrí qué hay dentro.
Uno del grupo pregunta:
- ¿Pero cómo, si está cerrado con su llave?
- Con un golpe certero en las juntas y con cuidado.
Aclara el mayor al tiempo que alza el pico y sobre el cofre descarga con fuerza. Al instante la vasija se abre. Tira de la tapa y descubren que dentro hay una ánfora de barro antigua tapada con una rodaja de madera y sujeta con un trozo de piel de oveja.
- Dentro de esa vasija está el tesoro.
Sigue proclamando el mayor del grupo.

Pero no la abren enseguida. Uno de ellos, la coge, se la lleva a la cueva que se abre en las rocas de la ladera, entran dentro, la ponen en el suelo, se arrodilla y al destapar la jarra de barro, las piezas de metal brillante, ruedan por la tierra.
- ¡Es oro y del bueno!
Siguen comentando ellos. Y están en este entusiasmo, metidos de lleno en su gozo, la ilusión y el consuelo que les produce

tener por fin el tesoro en sus manos, cuando por la senda que viene desde el arroyo, se acercan otros pocos. Llegan a la entrada de la cueva donde los primeros son felices con su tesoro, se detienen y de pie en la misma puerta, el principal de los que llega, pregunta:
- ¿Habéis conseguido encontrar lo que buscabais?
Los que están dentro, pensando quizá que si dicen la verdad, tendrán que repartir su tesoro y si callan, pueden ser multados, responden diciendo:
- Bueno, estamos todavía en ello.
Y los que han llegado:
- Pues ya sabéis, si encontráis ese tesoro, hay que repartirlo como buenos hermanos porque las tierras y las ruinas del viejo cortijo donde debe estar sepultado, en un tiempo lejano, fueron nuestras.

Dicen y aclaran. Al poco se alejan de los primeros y yo me acerco. Les pregunto por qué ahora muchas de las cosas que por estas tierras estoy viendo, no las comprendo y me responden:
- Es que el tesoro lo hemos descubierto nosotros y por eso creemos que nos pertenece.
Los sigo mirando y le repito que no entiendo nada y entonces me aclaran:
- Estos que tú acabas de ver, en otros tiempos vivieron y fueron dueños de este cortijo. Un día se fuero, como lo hicieron tantos en estas sierras y como por aquellas fechas no había bancos, ellos tenían guardado su poco dinero y fortuna en una orza de barro que enterraron en el suelo. Cuando se marcharon, fueron a desenterrar este tesoro suyo y como lo tenían tan bien escondido, no dieron con el sitio exacto dónde estaba. Pasó el tiempo y ellos y sus descendientes, mil veces volvieron y por más que buscaron su tesoro, no lo encontraron. Se resignaron a perderlo para siempre y aunque lloraron

mucho, no sólo por la pérdida del tesoro sino de sus tierras y cortijo, nunca más pudieron tener ni tierras ni cortijo ni tesoro ni ganado.

Un día nosotros vinimos por aquí. Nos enteramos de la tragedia de estas personas y como nos pareció interesante rescatar, para la historia y cultura de las generaciones venideras, algunas de las joyas aquí perdidas y olvidadas, nos pusimos a trabajar. Días y noches, meses e incluso años dedicamos a la atractiva tarea que resulto agotadora. Sabíamos que entre estas ruinas se encontraba aquel tesoro y por eso teníamos ganas de sacarlo a flote. Por fin hoy lo hemos descubierto, pero ahora nos encontramos en un dilema: ¿de quién es el tesoro que hemos desenterrado de estas ruinas?

Y te lo preguntamos porque si se lo decimos a ellos, seguro vendrán y nos dirán que el tesoro es suyo. Cosa que es verdad sólo a medias. Porque nosotros creemos que aunque en un principio fuera suyo, como luego se marcharon, lo dejaron por aquí enterrado y se perdía para siempre sino hubiera sido por nuestro esfuerzo e interés, ahora ya no les pertenece. Pero si les decimos que hemos encontrado ese tesoro suyo, tendremos problemas porque se lo querrán llevar diciendo que les pertenece. Y lo que nosotros pensamos es que si este tesoro estaba enterrado y dejado aquí para siempre, debe pertenecer a los que han puesto el trabajo para sacarlo a la luz. Por esto, ya que te hemos visto, te preguntamos ¿a quién crees tú que pertenece este tesoro?

No respondo a su pregunta. Miro al intenso azul del cielo que me arropa y descubro que, como fantasma, la sombra de un inmenso buitre, planea sobre valles y montañas. Y sin saber por qué, me digo que esto es lo que ahora abunda

mucho: buitreras abandonadas a lo ancho de la gran sierra, pero grandes buitres que sin alas llenan los paisajes y espolian lo que no les pertenece.

Y estoy en esta reflexión cuando desde el lado de las veredas que llegan de Sierra Morena, siento balidos de ovejas. Miro, asomándome un poco por el claro de los pinos y por la cañada blanca, la que es casi camino y según tengo oído pronto será avenida con asfalto, descubro a mi amigo el pastor. Es el que tiene sus ovejas cerca del pantano nuevo y, en las frías tardes de invierno, he visitado tanto. Lo conozco bien y hasta lo quiero. Y al verlo ahora me digo en mi corazón que este hombre es al que, sin querer, vengo buscando. Él me enseñará los misterios y me mostrará los caminos que me conducirán la libertad de aquel sueño del pasado.

Al verlo, me alegro y desde lejos, lo llamo. Viene bajando a paso lento siguiendo la calle que ofrece la cañada y delante de su rebaño. Desde la distancia me saluda y al notarlo, le correspondo. Me sorprende encontrarlo tan viejo aunque sé que él vive ya dentro de los setenta años. Pero hoy su pelo es más blanco, su cara está más arrugada y tostada por el sol y el viento.
- Vengo de camino con mi rebaño y espera un momento que ahora me acerco.
Me dice desde la distancia alzando su cayado.
- Te espero y no tengas prisa porque lo que ahora importa es que otra vez nos hayamos visto. Como en aquellos días, quiero charlar contigo un rato.
Le contesto desde el balcón donde me encuentro alzado.

Y mientras se me viene acercando, descubro que contento por haberme visto, noto que el ganado le sigue dócil. Le viene dando compañía sus dos perros ovejeros, Chari y el otro y le

sigue, casi a su lado, la cabra blanca que tiene su ubre siempre llena y bien colgando.

La bonita cañada por donde mi amigo baja, se me proyecta desde dentro toda llena de asombro. Y lo digo porque ahora recuerdo que en otros tiempos, estuvo repleta de vida. Por el lado derecho, ladera arriba se alzaba el corral de las ovejas. Largo, ancho y limpio como la misma tierra ceniza. Y en él, al amanecer, se revolvían y balaban las ovejas y cuando luego, ya con el sol alzado, el pastor las soltaba, el corral se quedaba en su silencio y como esperando.

Ahora miro a la tierra y por la ladera singular que desde la cañada sube creciendo, se amontonan los romeros, los lentiscos y las zarzas. La hierba que la primavera ha traído, también crece tupida y los surcos que, al correr, han dejando las aguas de las tormentas. Todo como si desde aquellos tiempos hubiera sido para siempre olvidado o dejado sólo en las manos de la naturaleza, que por otro lado, es la más sabia y buena.

El trozo que desde el centro se eleva por el lado izquierdo, aun se le ve cuajado de los árboles que llenaban el huerto. Las repisas de la tierra que en forma de escalones y, sujetas con las paratas de piedras, se encaja en la pendiente, las acequias viejas por donde corría el agua, las albercas, los álamos justo donde brota el manantial, la noguera, los granados, las higueras y los membrillos, aun clavados en la misma tierra y como esperando.

Pero la tiná, mientras miro y sigo descubriendo que mi amigo el pastor se acerca, se me presenta muda y toda de zarzas comida. Grita para que la oiga y su lamento se me clava en el corazón. Lloro con ella el dolor de habernos perdido el

uno al otro y le digo que la quiero. Le doy también las gracias por permitirme, hoy de nuevo, verla otra vez y por seguir dando a mi alma el único y esencial consuelo que recibo bajo el sol. Y por la cañada, en su centro y desde arriba, el collado que mi amigo el pastor viene descendiendo, un mundo más inmenso, como la rosa en su rosal, se me abre y clama. Y lo digo porque arriba, casi al fina, es donde construyen las casas nuevas. Las que según tengo entendido, son para el turismo rural. Y para levantar este nuevo proyecto, vienen rompiendo encinas, robles, álamos, pinos, madroños y hasta las parras que me dieron uvas dulces en aquellos tiempos.

- Y a ti ¿qué te importa eso?
Me pregunta mi amigo en cuanto se encuentra junto a mí y se lo digo. No le respondo al instante, sino que lo miro, le digo con mis ojos y mi cuerpo, que me alegra verlo y que lo quiero y a sus palabras, contesto:
- Quizá tengas razón. ¿Qué me importa a mí que construyan chales o casas rurales u hoteles en la sierra? Si quieren romperla toda entera que la rompan, que la llenen de basura y que construyan aeropuertos y carreteras. El dolor que me escuece por dentro, lo más sensato es dejarlo que ahí se pudra. Porque a los otros ¿qué les importa lo mío si yo soy el pequeño?

Y el pastor amigo, me mira amable, me invita a que lo siga y mientras vamos subiendo por la estrecha senda que remonta hasta el cerrillo de los romeros, me pregunta:
- ¿Has vuelto?
- Ya ves que sí y te estaba buscando.
- ¿Para qué me quires?
- Veo que tienes prisa porque regresas con tus ovejas hacias las benditas tierras de los campos. Seguro que estás deseando llegar a tu rincón, encontrarte con los tuyos y darte un baño en

el sol y aire de aquella tierra tuya. Pero si tuvieras un rato y me prestara tu ayuda ¡cuánto bien no me harías!
- Para ti tengo un rato, pero lo que has dicho al principio es verdad. Estoy deseando llegar al rincón de mi tiná de piedra, a la soledad de mis campos y a la bonita aldea del valle de los manantiales. Estoy deseando encontrarme con los míos y pisar otra vez las praderas de la hierba fina que tanto gustan a mi rebaño.
- Si quieres te sigo y mientras vamos avanzando me introduces y me llevas por los caminos del sueño que vengo por aquí buscando.
- ¿Qués lo que necesitas?
- Que me desgranes y metas dentro del corazón de aquel sueño bello que la niña hermana, tuvo cuando jugaba con la niebla que subía por los barrancos.
- ¿Aquel sueño bello de hace tanto?
- ¿A ti te lo han contado?
- Nadie de los que son ahora nuevos por estas sierras, lo conocen, pero los que de aquellos tiempos, todavía respiramos, a ni uno solo se le ha olviado.

Y mi amigo el pastor, el de cara hermosa como la brisa del amanecer y arrugada como el alba cuando se enreda entre las nubes, me dice:
- Al corazón de ese sueño que ahora vienes por aquí buscando, vamos a ir entrando por los caminos que le corresponde y al ritmo que es necesario. Y si me dejas y el tiempo nos alcanza, ya verás qué mundo más grandioso y qué secreto más doraro el que envuelve, late y palpita en el núcleo del sueño que andas buscando.
- Pues vamos por sus pasos.
- Por sus pasos vamos. ¿Sabes tú dónde se encuentra la cueva de los hateriles que me preguntabas?
Le respondo que no y al momento me aclara:

- Te lo pregunto por dos razones: para decirte que hateriles viene de hato, alimento que los pastores tenían para ir comiendo cada día un poco. El hato en aquellos tiempos se componía de patatas, harina para amasar la torta de pastor o hacer las gachas migas, aceite y algo de chacina, el que podía. A esta cueva nos lo traíamos y escondido en sus paredes y agujeros, lo guardábamos. Al caer las tardes y a media mañana, cuando las ovejas se acarran, veníamos a ella, hacíamos la comida y a dormir hasta que refrescaba o llegaba la noche. Por esta razón, desde aquellos días, a esta cueva nuestra le empezamos a llamar de los Hateriles. ¿Lo comprendes?

Y le digo que sí, cuando ya estamos en la misma puerta. La cabra blanca, la de la ubre larga, nos sigue de cerca.
- ¿Y la otra razón?
Le pregunto.
- Pues que la cueva aun sigue siendo mi vivienda.
- Refugio de ermitaños, que es como les llamaban ellos. ¿Por qué no me lo explica?
Y él:
- Te contesto al momento, pero antes, mira para este lado.

Vuelvo mis ojos para la derecha y por la pista que desde el llano del trigo remonta, lo veo. Justo en la curva de las zarzas y el peñón gris, se afana en su trabajo. Me vuelvo para mi amigo y le pregunto:
- ¿Todavía ese hombre por estas sierras?
El que cava en la tierra, deja su tarea, nos mira alzando sus ojos para el cielo, limpia el sudor de su frente con la manga de la camisa y desde la distancia contesta:
- Aunque ya me jubilé, todavía sigo por estas tierras. La vereda que arreglaba en aquellos tiempos, como ya estás, viendo hoy es pista de tierra, pero yo el caminero que siempre iba con su

espuerta sobre las espaldas y la azada al hombro, sigue por aquí con la misma tarea. ¿Adónde quieres que vaya si no sé hacer otra cosa que arreglar la senda y vivir en la soledad de la profunda sierra?

Y el amigo que tengo a mi lado me aclara:
- Para un viejo serrano, que no tiene más cultura que el roce diario con el monte, las ovejas, las nubes que revolotean por el cielo, el rumor de los arroyos y la soledad blanca de las montañas altas, no le resulta fácil la vida por otras partes del mundo. Y esto te lo digo, porque luego voy a tener el gusto de demostrarte tal realidad. ¿Te acuerdas tú de aquel pastor, el último de la aldea, que se quedó entre las ruinas de las casas con sus cinco ovejas?
- Claro que me acuerdo. ¿Te refieres al de los pelos blancos que cuando todos se marcharon, se quedó solo allí clavado?
- Como el hombre ni estaba casado ni sabía leer ni conocía otro oficio que el de guardar ovejas, allí se acorraló y en el barranco aquel de las crestas negras y las praderas anchas, sigue aun con sus años acuestas.
- Si luego tienes tiempo y te apetece me llevas por esos caminos porque quisiera verlo. Él era amigo de mi padre y por eso quiero preguntarle algunas cosas de aquellos tiempos. Me acuerdo de él y hasta siento cierta emoción verlo aun vivo por aquellas soledades. ¡Qué hombre más bueno y cuanto cariño le tenía a la tierra y a su rebaño de ovejas!
- Pues luego te llevo. Pero lo principal, lo que tú vienes buscando, se encuentra por las otras partes de la sierra.

Miro despacio y descubro que por la pista que sube desde el llano de aquellos trigales, la tierra se ha roto.
- Una nube que cayó ayer por la tarde y ya ves: si yo no estuviera por aquí, rota seguiría sabe Dios hasta cuando.
Me sigue aclarando el viejo arreglador de veredas serranas.

- ¿Y quienes son los que ahora anda este camino?
- Con sus burros todavía, algunos de los gitanos que en las covachas del río tienen montadas sus viviendas. Y con sus mulos y coches, los tres pastores que todavía viven por las partes altas.
- ¿Los ermitaños?
- ¿Por qué lo sabes?
Y entonces le digo que:
- Si algo no se me ha olvidado de estas sierras, y no se me han borrado ni los sueños porque no tengo vida en ninguna otra parte de este mundo, son los hombres que vosotros llamáis ermitaños. Tampoco sus chozas, las fuentes claras de aguas dulces que regaban a sus huertas ni las sendas sinuosas que se metían por entre los troncos de pinos y las madroñeras.

- Pues ellos pasan por este camino de vez en cuando. Y claro, yo me digo que bastante tienen ya los pobres con su soledad en aquellas cuevas y el aire que les orea y la lluvia y el barro como para que también el camino que les conecta con la otra civilización, lo tenga roto. Hay que hacer favores a las personas que lo necesitan tanto que nunca podrán pagar sino con otro favor igual.
- Per ahora, según tengo entendido, por estas pistas de tierra pasan los todoterreno de los turistas, los de los que vienen a cazar cabras monteses, jabalíes y ciervos. Los que se hospedan en los hoteles de lujo y los que llenan los campings de las riveras del río grande.
- Pasan esos y los otros, los que tú ya sabes y no hace falta nombrarlos, pero el principio de los serranos, sin cultura y muertos de hambre en las salvajes montañas de las nieblas, siempre fue dar a los demás el exquisito respeto y trato que para sí, cada uno deseaba.

Le digo que tiene razón y como mi amigo primero sigue

subiendo, lo despido diciendo que luego volveré porque necesito que me hable de la vereda que se metía por el río y salía de la profunda sierra hacia las lomas de los olivos. La que anduvieron tantos en aquellos días lejanos y casi siempre con sus burros cargados con el costal de trigo, el pellejo de vino o aceite, los serones llenos de estiércol o las aguaderas repletas de huevos frescos o pieles de turones o de lobos viejos.
- Vuelve cuando quieras que aquí tienes un amigo de los buenos para lo que se encarte. Y si tienes tiempos, te vienes un rato conmigo a la cueva y compartimos juntos el trozo de pan que tengo, los tres tomates y un jarrillo de vino que saqué de las parras que se enreda por los fresnos.
- Tendré en cuenta tu invitación. Y volver, fíjate si lo quiero que hasta me quedaría contigo para siempre. Pero en fin, cuando luego vuelva, hablaremos para que sepas.

Y él, antes de alejarme:
- ¿Vais a subir a Cueva Buena?
Lo miro y aunque me siento en la necesidad de responderle, no sé cómo ni qué.
- Pues si es así, iros por la vereda que pasa por el voladero de la cueva de Camarillas. Ya verás qué bello aquello todavía y las águilas reales surcando el cielo.
Lo despido y sigo

Y en compañía del pastor que viene de vereda desde las tierras de Sierra Morena, continuo andando. No puedo aguantar y por eso le pregunto:
- ¿Por qué me ha preguntado lo de Cueva Buena?
Y él guarda silencio. Durante unos minutos nada hablamos. Y justo en esta fracción de tiempo, por mi mente pasan la imagen de los otros serranos del cortijo pequeño en el centro del collado de las encinas y las eras. Dentro del edificio destartalado y de piedra aún veo a los tres pastores viejos.

Ella, arrima el puchero a la lumbre que arde en la chimenea y asa tres patatas en las cenizas que van dejando las ascuas. “¡Si viniera el hijo que se fue y nos trajera el encargo que le dimos!” Dice y se queja desde la humildad y el silencio. Y el hombre viejo y cansado le responde: “¡Si volviera el hijo y nos echara una mano en el huerto, fíjate qué alivio y qué premio!”

Y ahora, aprovechando que ha pasado ya un buen rato sin que hayamos intercambiado palabras, le vuelvo a preguntar:
- ¿Por qué ha nombrado lo de Cueva Buena?
Sigue en su silencio y, al remontar un lomo del terreno, antes nosotros, la llanura de las piedras blancas y por entre ellas, las negras sabinas, los enebros y el chorro de agua que se desliza sinuoso y con su música apagada.
- Este era otro de los cortijos.
Me aclara. Y como por entre los pinos y las pocas encinas, veo varios, pregunto:
- ¿Te refieres al del centro?
- El del centro, nunca fue un cortijo serrano de los que a ti te gustan y vienes buscando.
- ¿Por qué lo dices?
- ¿No lo sabes distinguir?
- Estoy viendo que es una construcción casi señorial. Grande como nunca fue ningún cortijo de pastores en estas sierras, con entrada de lujo, muchas habitaciones, un bonito tejado a varias aguas y con tejas diferentes a los de los cortijos de pastores. ¿Quién hizo este cortijo?
- Es una casa forestal. La hicieron cuando en aquellos tiempos y los que no eran de estas sierras.
- Ya lo entiendo porque recuerdo.

En el tronco de un roble viejo, encontramos clavado un papel. Nos paramos y leemos: “Esta noche, fiesta de la primavera. Quedáis todos invitados”. Le pregunto y me

responde:
- Ellos la llaman fiesta y consiste en reunirse, beber cerveza u otros líquidos, poner música, bailar y así estar toda la noche.
- ¿Quiénes son ellos? Porque los otros cortijos que por la tierra de las piedras blancas y los arroyos someros estoy viendo, de casi todos me acuerdo.
- Esos sí son serranos. Yo no viven en ellos ni los pastores ni los carboneros que tú quisieras.
- ¿De quién son ahora?
- De familias venidas de fuera, alemanes, hipis y otros. Los fueron comprando y poco a poco han ido formando por aquí como una colonia, según expresión de ellos.

Y me cuenta ahora que del pueblo blanco de los olivos grises en la loma larga, no hace mucho, vino una muchacha que estudia para maestra. Le tocaba hacer las prácticas y escogió el colegio que por estos días han montado en la gran casa de lujo, la que fue forestal y se encuentra casi en el centro de la llanura de las piedras blancas. Las familias que viven en los desparramados cortijos que fueron de los serranos, han conseguido que por aquí les pongan un colegio, pequeño, para sus hijos.
- ¿Y cuántos son?
- Niños no habrá más de catorce y familias, poco más o menos. Y la muchacha que se vino por aquí de maestra, según me decía el otro día, se lo pasó bien. Tres kilómetros tenía que andar todos los días para venir al cortijo donde se hospedó e ir a la escuala que se alza pegado a la carretera.
- ¡Qué cosas ¿verdad?

Digo al enterarme que ella, la muchacha futura maestra que ha venido a hacer las prácticas a esta ahora nueva escuela rural, durante un mes ha vivido justo en el cortijo que tanto me prestó techo y calor en aquellas lejanas noches de

invierno y cuando aún era joven. La era la tenía justo en la misma puerta y por detrás, en el mismo tronco del roble, manaba el manantial. Al borde mismo de su hilillo cristalinos, ponían los míos el alambique y con ramas secas de sabina, prendían fuego. Dentro de aquel bello cacharro, yo metí mil veces, haces de mejorana, espliego, tomillo y romero. Por su tubo fino, salía el vapor del agua al hervir y al condensarse, aparecía la gota de esencia. Un aceite con tonos de oro que dejaba perfume a bosque florecido en el aire de la mañana cuando se despachurraba en las manos o se derramaba por el suelo. La madre buena y la hermana princesa en la luz del alba, cómo dignificaban aquellos momentos de tardes de plata y conciertos de pajarillos camuflados por entre las zarzas.

Y también lo digo porque me esfuerzo en comprender la huida de aquellos serranos, dueños verdaderos y de los buenos, de estas tierras y la venida de estas otras personas. Los cortijos que dejaron los primeros, casi todos fueron minados y los que no, derribados con máquinas y despojados de sus tejados. Ahora los han comprado estos que han venido de fuera, los han rehabilitado y se han puesto a vivir en ellos. Pero según estoy mirando y descubriendo, noto que no es lo mismo. Por las tierras llanas repletas de rocas blancas y salpicadas de sabinas, carrascas, algunas encinas y muchos pinos, hoy no pastan los rebaños de ovejas ni corre el agua por las acequias para regar los huertos. No hay veredas pisadas por serranos que calzan esparteñas ni huele el aire a majadas. Lo digo por esto y también porque junto al cortijo de lujo, el que fue casa forestal y ahora escuela para niños que aprenden a vivir en la sierra y no son serranos, todavía descubro el de mi otro amigo pastor. Le pregunto y me aclara.
- Ya el hombre también se ha jubilado. Uno de sus hijos, se ha casado con una muchacha alemana y entre los dos, se han comprado las ruinas de otro cortijo. ¿No los ves allí junto al

arroyo?

Miro sí que los veo. Los dos jóvenes se afanan en arrimar piedras con un carrillo de mano, en coger agua del arroyo que por detrás corre limpio y en echar ramas secas a la lumbre que han encendido en la misma puerta.
- El muchacho, como es de estas tierras y lleva dentro también el cariño por las cosas de sus antepasados, se ha quedado con veinte ovejas, un trocico de tierra y las ruinas del cortijo. En verano trabaja en los retenes de incendios y en invierno, pues ahí lo tienes. Hace lo que puede para levantar la casa. Todo su sueño está puesto en terminarla pronto y ponerse a vivir, con la muchacha alemana, su mujer ya, y de la manera que sea, quedarse por estas tierras. ¿Lo comprendes?
Le digo que no del todo, pero lo comprendo y a continuación le pregunto:
- ¿Me llevarás luego al cortijo de la era en la puerta y el alambique junto al manantial de agua?
- ¿Al cortijo donde ha vivido la muchacha futura maestra?
- A ese mismo. ¿Quién vive ahora en él?

Y guarda silencio. Le vuelvo a preguntar por lo de Cueva Buena y sigue guardando silencio. Pero el paraíso donde se abre Cueva Buena, se me presenta, en la imagen que mi mente dibuja, dolorosamente dulce y mágico sobre la totalidad de la cumbre. Junto al rodal de tierra llana, siempre tapizada de hierba en los meses de la primavera y siempre sembrada de cabras blancas, ovejas con tonos marfil y el cerezo repleto de hojas que bailan al paso del viento. Por el humilde huerto, la madre trajinando y a su lado o por las rocas del filo que mira a la hondonada de la cueva, la niña sentada o jugando. Y como seguimos caminando a la par de su rebaño que vuelve de Sierra Morena, atravesamos la llanura mientras vamos sujetando un poco a las ovejas para que vayan comiendo.

Y mirando para el barranco y las cumbres que nos coronan, me va diciendo:
- Más prefiero yo tener salud y vivir en armonía con los míos que poseer dinero y no llevarse bien. Que cuando se siente uno en la mesa, se encuentre a gusto, unido y en paz con los que allí están aunque no haya en la mesa ni exquisita comida ni abundancia de ella. Porque eso de tener un coche de gran lujo, casa preciosa y comida de la mejor y en abundancia y luego estar peleados entre sí, no lo valoro yo ni lo quiero para mí. ¿De qué sirve mucha abundancia de todo si luego se está peleado con los otros?

Lo escucho en silencio y como la reflexión que me hace la estoy viviendo en mis propias carnes, le respondo dándole la razón.
- Lo más importante en la vida es la unión y armonía entre las personas y la familia. Porque comida, de la manera que sea, siempre encuentra uno algo que llevarse a la boca. Así que opino como tú. Y ahora que lo has dicho me pregunto por qué vosotros los serranos, siempre habéis practicado esta realidad con el más hondo interés.
- Si piensas un poco, sin mucho esfuerzo puedes descubrirlo.

Y claro que lo descubro. A su lado como cuando estaba con los míos, me es fácil descubrir verdades primarias, sencillas y claras que tienen más valor que todas las filosofías del mundo. Y me preparo para comentársela cuando en estos momentos de entre unos matojos donde crece más espesa la hierba, alza vuelo una perdiz.
- Ahí tiene su nido.
Se apresura a decir. Nos acercamos, miramos y lo descubrimos. En el mismo suelo, pegado a la tierra húmeda, recogido con pasto y unas ramas secas, está camuflado el nido. Descubrimos que tiene nueve huevos y parece que ya

está enhuerando.
- ¿Y cómo es que el animal sólo se han espantado cuando ya nosotros nos hemos echado encima?
Le pregunto. Sintiéndose experto en el tema se apresura a responder diciendo:
- A las perdices les gusta hacer sus nidos en las tierras donde pastan las ovejas. Se ve que lo animales se sienten seguras y por eso, entre cualquier matojo, cambrón o rascavieja y justo donde las ovejas comen su hierba, fabrican sus nidos. Y te lo digo por en los campos, las tierras llanas al otro lado de las montañas nevadas, nidos de perdices yo me he encontrado en la misma majada donde duermen los rebaños. Junto a los caminillos que hacen las ovejas al pasar y al lado mismo de las camas de los pastores. Tú fíjate como los animales silvestres tienen sus instintos y saben qué cosa les conviene o no.

Nos hemos parado frente al nido y sin pronunciar palabra, espero un rato. Espero que se agache y coja los huevos, pero no lo hace. Da media vuelta, se pone delante del rebaño para irlo sujetando y al preguntarle por qué no ha cogido los nueve huevos que tiene este nido de perdiz, me dice que:
- Nunca en mi vida le que quitado yo los huevos a un nido de perdiz. ¿Por qué te extraña?
- Porque pienso que aunque son huevos menudos, los podrías aprovechar para hacer una tortilla de espárragos. En las tiendas de la ciudad donde vivo, venden huevos de codorniz y la gente los compra porque dicen que son más bueno que los de gallina.

Y él:
- Y con nueve huevos de perdiz, aunque sean más finos que los de las gallinas que tengo en la casa ¿qué resuelvo yo? Y si los cogemos, pues pienso que al pobre animal le rompemos su proyecto de vida. Nunca en mi vida he cogido yo ni los nidos de

las perdices ni los de ningún otro pájaro.
Guarda silencio. No le respondo al instante, pero justo en estos momentos recuerdo que más de una vez, he visto yo por estas sierras a muchas personas que llegan con sus coches, se visten de militares y se van por el monte. Si encuentran un nido de perdiz, lo cogen, si se les levanta un conejo, le disparan, si se mueve una ardilla, la persiguen y así cualquier animal que se les presente. También sé yo que en otros tiempos hasta mataban a las águilas reales que poblaron estas sierras para que no se comieran las crías de los ciervos. Pero no le digo nada y en mi silencio, respeto y admiro su proceder. Y me siento, como si me hubiera dado una lección.

Su rebaño nos viene siguiendo mientras repela la fina hierba que la primavera ha dejado por la tierra. Lo miro meditabundo y al notar que las ovejas están gordas, se lo digo. Se siente como alagado y al instante me responde:
- Pues hasta ayer mismo han estado criando borregos.
Caigo en la cuenta ahora que precisamente en su rebaño hoy no retozan ninguna manada de borregos. Le pregunto y me dice:
- Es que los acabo de vender. Ayer por la mañana vinieron a por ellos.
- ¿Te los han pagado bien?
- No he salido mal del todo. Me los han pagado a siete mil quinientas pesetas.
- ¿Con cuantos meses?
- Son los que nacieron en enero o así. Pronto empezarán a nacer otro y luego en otoño, nacerán los terceros. Tres veces al año vendemos borregos, pero si no fuera por la subvención que nos dan ahora por cada oveja que pare, no se costearía. Los pastos en Sierra Morena, son caros y más cara está la cebada. Si viene el tiempo bueno, los animales puede alimentarse con lo que cogen del campo, pero si se tuerce, hay

que echarle pienso.

Ente nosotros se abre el oscuro barranco. Hoy no envuelve la niebla. Lo besa el sol del día blanco de primavera y lo viste de lujo y verde esmeralda, las madroñeras brotadas y los pinos con su flores doradas. Mientras sigo caminando a su lado delante de su rebaño y espero que me lleve y enseñe lo que de verdad estoy necesitando, se me viene al recuerdo aquel día que los míos también vendieron los borregos.

Amaneció el día con el cielo sembrado de nubes blancas y la tierra mojada.